

espíritu religioso, que no se ha extinguido en Francia, levantará montañas, y hará milagros. » Justifiquemos con nuestra perseverancia una profecía que la resurreccion de nuestra Iglesia coloca ya entre los mas altos presentimientos de la imaginacion ; llamemos á Dios los corazones por la caridad, tanto como los espíritus por la luz. Que aquellos que trabajan, no desmayen ; que los que nada han hecho, pongan manos á la obra. Y en este mismo momento, Señores, antes de salir de aquí, uníos al menos por la limosna, á todos los votos, á todos los esfuerzos, á todas las oraciones, á todos los sacrificios que, hace cincuenta años, ascienden al Cielo en favor de nuestra patria.

Monseñor, la corona de S. Dionisio ha caido sobre vuestra cabeza en una hora para siempre memorable, en una hora en que mas que nunca se opera la reconciliacion de la Iglesia con la Francia : tengo por garantía esta multitud que se agolpa en derredor de vuestra sede. Ruego á Dios, Monseñor, que lleveis por largo tiempo esta corona. Yo no puedo olvidar que en otra época fui sostenido en esta cátedra por vuestros consejos y vuestro afecto. La ocasion solemne de agradecéroslo me habia fallado hasta ahora ; me aprovecho de ella con alegría. Me felicito de volverme á encontrar bajo los mismos auspicios en el dia en que vengo á inaugurar la orden y el hábito de los Padres Predicadores franceses á la faz de mi país, y vos acabaréis, Monseñor, de coronar este momento de mi vida, derramando sobre nosotros vuestras bendiciones.

## ELOGIO FÚNEBRE

De Monseñor de Forbin-Janson (1).

MONSEÑOR :

Señores :

Entre los hombres que la divina Providencia ha colocado en la Iglesia de Francia de cuarenta años á esta parte, pocos hay que se hayan atraido la atencion de sus contemporáneos en el grado que Mr. Carlos Augusto de Forbin-Janson, obispo de Nancy y de Toul, primado de Lorraine, al presente restituído á Dios. Pocos hay sobre todo que, con tan notables prendas de corazon, con los dones de una inteligencia tan viva, hayan triunfado menos de los obstáculos de su vida, y cuya persona y memoria hayan quedado menos á cubierto de las opiniones contrarias. Sobre las riberas del Asia, en las orillas mas lejanas de los rios de la América, ha visto unos pueblos seguir sus huellas, embriagarse con su palabra, darle en alta voz los nombres mas gratos al hombre ; ha visto otros repelerle de su seno, y ha muerto lejos de su silla episcopal, despues de catorce años de destierro, en una edad prematura. Menos feliz que otro obispo de su tiempo, cuyo palacio fué dos veces destruído por la tempestad, no ha podido morir en medio de su rebaño, y recibir en su féretro aquella postrera visita de los pueblos, que les inspira, cuando todo ha fenecido, un conocimiento mas moderado de su poder y una rectitud mas tranquila en sus juicios. Yo vengo, Señores, á hablar sobre esa tumba que no habeis visto, y que no veréis jamás ; vengo á hablar sobre esa tumba, porque la vida de Mr. de Janson merece ser estudiada en sus felices sucesos y en sus reveses, porque puede aprovechar á muchos, y porque la Iglesia de Francia le debe un recuerdo ; pero vengo á hacerlo tambien por

(1) Este elogio fué leído en la Catedral de Nancy el dia 28 de agosto de 1844.

— (2) Monseñor Menjaud, obispo de Nancy y de Toul.

un sentimiento que me es personal. ¡ Cosa singular ! los dos obispos de Francia á quienes la tempestad de este siglo ha perseguido mas , son los dos obispos que mas me han amado. No he podido tributar al uno los últimos deberes de la piedad filial , y vengo á tributárselos á este.

No creáis , sin embargo , que abusaré de los derechos de la muerte ; si la muerte favorece la justicia , no debe favorecer la lisonja ; ella me advierte , por el contrario , remontando mi pensamiento hácia los severos juicios de Dios , que en ninguna otra ocasión debo hallarme mas firme en mi ministerio para cumplir hácia toda criatura con las sagradas obligaciones de la verdad y de la ingenuidad. Seré sincero , Señores ; seré justo ; seré sobre todo cristiano , es decir , que honraré la justicia y la verdad con acentos que no herirán el corazón de nadie.

¿ Debo , Señores , hablaros de los antepasados de Mr. de Janson ? Es una propension natural en el hombre buscar su origen , aclarar en la innumerable serie de las generaciones los conductos por donde le ha llegado esa gota de vida que posee , gota amarga y preciosa , que ha atravesado los siglos para venir de Dios á él , y que debe sin duda su originalidad propia á todas las vicisitudes de tan extraordinario camino. Como un navegante encallado en comarcas desconocidas , á la embocadura de un río , marcha contra su curso , y avanza hácia las misteriosas montañas que contienen el manantial ; así el hombre , viajero depositado por la eternidad en un punto del tiempo y del espacio , se dirige hácia su origen , y se busca á sí mismo en las edades en que aun no existía. Mas ; ah ! las naciones mismas no conocen su principio ; ellas se encuentran súbitamente en la historia el día siguiente de un combate , y en vano quieren profundizar mas para arrancar á la antigüedad el secreto de su destino primitivo. ¿ Cómo podría un solo hombre obtener del tiempo lo que los grandes pueblos no han obtenido jamás de él ? Así es que las mas ilustres familias no aspiran sino á progenitores recientes , y mas allá de este término en que empieza tan cerca de nosotros su constante sucesion , ellas se pierden con el resto de la humanidad en una comun ignorancia de lo que en otro tiempo fueron. Mas por poco distantes que un hombre pueda alcanzar á sus progenitores , es siempre para él un consuelo considerar sus semblantes ; y nosotros , espectadores de las vidas célebres , nos mostramos con gusto curiosos en la cuestion de sus antepasados.

¿ Cuáles eran , pues , los antepasados de Mr. de Janson ? ¿ Hasta dónde penetraba su mirada en lo pasado cuando , jóven todavía , trataba de adivinarse á sí mismo ? Aun cuando no fuese mas que para apreciar el curso de sus ideas y el valor de sus sacrificios , tenemos necesidad de conocer la sangre que halló en sus venas. Ahora bien , Señores , en un siglo plebeyo tuvo la incomparable desgracia de nacer de una estirpe histórica. En todas épocas , un distinguido nacimiento es una pesada carga ; pero ¿ no tengo derecho para llamarlo una desgracia cuando ya no encuentra en su alrededor nada que le corresponda , y cuando la elevacion que de él resulta solo atrae la desconfianza , no obtiene mas que exclusion , no crea sino imposibilidad ? ¡ Ah ! ¡ dichosos los que nacen á la medida de su tiempo , patricios en un siglo patricio , plebeyos en un siglo plebeyo ! Estos son dichosos , y la menor justicia que deben á los que no tienen la misma fortuna , es el comprender cuán dura es su posicion. El hombre solo es fuerte por su correspondencia con el movimiento real de la humanidad , y siempre que queda fuera de este movimiento ó lucha contra él , se asemeja al pasajero abandonado en un desierto por el buque que le conducía , y cuya irreparable fuga sigue con la vista. Al hablaros de los antepasados de Mr. de Janson , Señores , os hablo pues de su primera desgracia , y cuanto mas os demuestre que ellos eran ilustres , con tanta mas razon podréis deducir que el mérito de su heredero , si es que ha tenido alguno , ha sido un mérito raro y difícil.

El siglo XII habia ya oído el nombre de los Forbin ; la Inglaterra y la Italia se lo habian repetido. En el siglo XIII , Cárlos I de Anjou , conde de Provenza , los llamó á sus Estados , los colmó de honores y beneficios , y hasta emparentaron con su familia soberana. Mas tarde , en el siglo XV , hallándose Cárlos IV amenazado de morir sin herederos , Palamedes de Forbin , apellidado el Grande , le dispuso á hacer su testamento en favor de Luis XI , y proporcionó así la reunion del condado de Provenza á la corona. Luis XI le recompensó este eminente servicio , que volvía á unir la Francia con la Italia , delegándole la autoridad soberana en la Provenza y dándole esta divisa , que es todavía la de los Forbin : *He hecho al rey conde , y el conde me ha hecho rey*. Así se hizo puramente francesa la casa de Forbin , aportando á la Francia una de sus mas ricas é industriosas provincias , y despues no ha dejado de honrar aquel primer título de su gloria produciendo en las armas , en el gobierno , la magistratura y la Iglesia hombres de gran talento. Yo

observo en el número dos figuras históricas : desde luego Santos de Forbin , cardenal de Janson , obispo de Digne , de Marsella y de Beauvais , limosnero mayor de Francia , y embajador de Luis XIV en Toscana , en Polonia y en Roma. Este fué el que en la Dieta de Polonia de 1674 hizo elegir por rey al famoso Juan Sobieski , libertador de la cristiandad bajo los muros de Viena , y el que concluyó en tiempo de Inocencio XII la reconciliacion de la Francia y la Santa Sede , cuya buena armonía habia sido turbada hacia largo tiempo por la declaracion de la asamblea del clero en 1682. El otro personaje que os debia nombrar , es el conde de Forbin , gran almirante del rey de Siam al fin del siglo XVII , vuelto despues á Francia , y uno de los oficiales que mas honraron nuestra marina en la ancianidad de Luis XIV. En el solo año de 1707 batió cinco veces las armadas inglesas , y trajo valor de seis á siete millones , fruto de sus expediciones navales.

Tal era , Señores , la casa de Forbin , dividida en muchas ramas , que tenia por primogénita la de Forbin-Janson. La Providencia apenas dejó al jóven Carlos Augusto , cuya vida os exponemos , el tiempo de envaneerse con su nacimiento. Aun no habia llegado á la edad del discernimiento , cuando ya amenazaba en su fuerza la borrasca que debia abatir la majestad de los reyes , arrebatar el poder á las familias antiguas , llamar todos los hijos de la Francia á los mismos deberes y á los mismos derechos , y crear en el corto espacio de veinticinco años , sobre ruinas colosales , una historia , una gloria y una nacion enteramente nuevas. Nada más diré de aquel momento , con que ninguna otra época del mundo podria compararse , sino que conviene á las generaciones presentes considerar la herida que hemos hecho en lo pasado , y admitir al menos que á otros les han podido quedar recuerdos , consideraciones , alguna cosa que no es ni extraña ni enemiga , sino que únicamente no es tan jóven como nosotros. Si los soldados de Clovis ó los palatinos de Carlo Magno resucitasen de su tumba , su estupor al vernos , no acusaria su patriotismo , sino al tiempo y á esa dificultad de entendimiento en seguir con bastante rapidez la extraordinaria precipitacion de las cosas humanas. Si nosotros mismos hubiéramos recibido en nuestras venas la leche de lo pasado , si un cuarto de hora solamente hubiéramos respirado un aire mas viejo que el nuestro , conoceríamos cuánto mas lentas son las revoluciones del entendimiento que las revoluciones de los imperios , y juzgaríamos con mas indulgencia esa inmutabilidad de las ideas y de las costumbres que nos parece

un obstáculo en los demás , y que un dia consideraremos en nosotros mismos como firmeza y virtud.

Carlos Augusto fué llevado á Alemania por sus parientes que huian de la tempestad. Poco tiempo permaneció allí ; su familia le condujo á Francia cuando la nueva sociedad comenzó á surgir al través de los restos de la antigua. En Francia cumplió el primer acto solemne de la vida ; quiero hablar de la primera comunión. Esta era entonces mas que nunca para los cristianos un acto dulce y memorable. Ellos habian visto sus altares profanados , sus templos derribados ó cerrados , sus sacerdotes maltratados ó dispersos ; un poder gigantesco se habia declarado su enemigo , y al mismo tiempo que llevaba á las fronteras de la patria un glorioso terror , conducia al interior sus triunfos para hacer de ellos contra Dios un invencible trofeo. Mas hé aquí que se cumple otra vez la palabra divina , y los cristianos repetian en la lengua de David aquellos cantos proféticos que hace tres mil años acusan de impotencia á sus perseguidores : *¿Por qué se han estremecido las naciones , y los pueblos han meditado cosas vanas ? Las dominaciones de la tierra se han unido contra el Señor y contra su Cristo ; ellas han dicho : Rompamos su yugo , y arrojémosle por encima de nuestras cabezas. Mas el que mora en los cielos se reirá de su designio , y el Señor se burlará de ellas* (1). La alegría de los cristianos era tanto mas pura , cuanto que la vuelta de su libertad se habia hecho por dentro y no por fuera ; no habia habido emigracion de la fe ; la fe habia permanecido en la patria así en los dias de infortunio como en los dias de prosperidad ; ella habia abrazado llorando y esperando la tierra de Clovis y de S. Remigio , y esta tierra , fiel á sí misma como á Dios , por una germinacion insensible habia vuelto á elevar hácia el cielo sus tallos un momento abatidos. Carlos Augusto recibió , pues , por la primera vez la sagrada comunión llevando en su corazon y en su frente muchas alegrías á un tiempo ; la alegría de su juventud , la alegría de volver á la patria , la alegría del cristianismo renaciente , la alegría de los ángeles que habian descendido del empíreo para visitarle. La unción de aquel dia quedó en su alma como una herida que no se cicatriza jamás ; aunque su fisonomía volviese á presentarse entre líneas fuertemente acentuadas como las de todos los antiguos linajes , se revistió por encima de su energía nativa con una gracia piadosa que le obtuvo la primera conquista que ha hecho para Dios.

(1) Salmo 2 , vers. 1 , 2 , 3 y 4.

Por lo comun es la edad madura la que conduce la infancia á Dios. Lleva consigo el triple imperio de la experiencia, de la razon y de la autoridad, y este imperio no le fué dado sin duda sino para inspirar el bien y la verdad á la inteligencia ignorante y dócil de un niño. Esta es sobre todo la funcion mas sagrada de un padre. Mas para dar á Dios, que contiene solo todo bien y toda verdad, es preciso poseerle uno mismo, es preciso conocerle, amarle y servirle. Ahora bien, el padre del jóven Forbin pertenecia al siglo que acababa de concluirse; en sus oidos resonaba todavía aquella risa ingeniosa que hacia cincuenta años perseguia en Europa la obra del Hijo de Dios sobre la tierra. Es verdad que despues la sangre y las lágrimas del mundo habian corregido aun á los espíritus mas ligeros; pero si bien reinaba el estupor, no por eso habia conversion. Admirábase que una catástrofe tan terrible hubiese salido de doctrinas al parecer tan halagüeñas; se miraba al siglo pasado como un modelo de talento, de elegancia, de costumbres excelentes, de una sociedad perfecta, y á todo se achacaba su caída, excepto á Dios y á sí mismo. ¡Tan difícil es á la ceguedad de los hombres discernir la revelacion divina hasta en los acontecimientos en que mas brilla! Cuando Baltasar, con los vasos del templo de Jerusalem en la mano, miraba en la muralla el dedo de Dios que escribía su sentencia, el desgraciado temblaba con todos sus miembros, mas no comprendia todavía su crimen.

El marqués de Janson debió á su hijo la luz que no le habian dado las ruinas de una sociedad corrompida. No podia verle en la iglesia sin enternecimiento; la paz de sus facciones, la elevacion de su alma que subia dulcemente hasta su rostro para iluminarle, el apacible gozo que rodeaba toda su persona, aquel espectáculo de la felicidad mas pura, renovado sin cesar á la vista del padre, le abismaba en una especie de contemplacion, haciéndole de su mismo hijo una aparicion de la verdad. En fin, un dia vió claramente á Dios; las almas del padre y del hijo se encontraron en las indestructibles certidumbres de la fe; ellos adoraron, oraron, amaron juntos, y tal fué, Señores, el primer apostolado de Mr. de Janson.

Estaba entonces sobre el trono de Francia un hombre superior á todos sus contemporáneos, no solamente por el genio de la guerra y de la legislacion, sino sobre todo por la profundidad de sus instintos religiosos. Tan grande por la conquista como Ciro, Alejandro, César y Carlo Magno, habia tenido el mérito de conducir su nacion hácia Dios, y despreciando hasta en sus generales los últimos

silbidos de la incredulidad popular, se le habia visto coger con mano animosa, y tener juntos en un mismo haz la espada, el cetro y la cruz de Jesucristo. Este grande hombre no tenia odio contra nada; ni contra Dios, porque él mismo era poderoso y el creador de un mundo nuevo, ni contra la nobleza, porque él mismo descendia por línea recta de todos los antiguos héroes, ni contra el pueblo, porque él mismo era un hijo suyo, ni contra lo pasado y el porvenir, porque se creia tan fuerte como ellos. Como hombre social, abrigaba en su ancho pecho todos los pensamientos honrados de la humanidad, y no proscribia nada mas que la bajeza y la incapacidad. Su ejército, sus palacios, sus consejos se habian abierto á todos los restos esparcidos de la sociedad francesa, y en su casa se encontraba el marqués del antiguo régimen al lado del baron del Imperio, el hombre de la Convencion á la izquierda del emigrado, el soldado de la última victoria con un abate de San Sulpicio. Napoleon, Señores, discernió al jóven Forbin, y le nombró auditor en el Consejo de Estado (1).

Para un jóven de veinte y dos años, heredero de un gran nombre y de una inmensa fortuna, vivo, amable, perspicaz, era esta una preparacion natural para los empleos mas distinguidos del órden administrativo. Carlos de Forbin ya no tenia mas que seguir la fácil pendiente del tiempo y de su situacion. Pero otros pensamientos se agitaban en el fondo de su alma. Napoleon habia hecho mucho por la religion dándole libertad, una parte de sus monumentos históricos, y asegurándole una dotacion pública en cambio de sus antiguas posesiones; pero aun cuando entonces hubiera hecho mas, no habria dado á la religion mas que un socorro humano, útil sin ser necesario, digno de reconocimiento, pero incapaz de darle la vida. Dios solo es la vida de la religion comunicándola á las almas, y la comunica á las almas por medio de otras almas que se consagran á ella, y que se hacen su expresion por la santidad, su órgano por sus sacrificios, su prueba viva y popular por la autoridad. Dar almas á la religion, hé aquí lo que los conquistadores y los hombres de Estado no podrian hacer, y lo que hace todos los dias un pobre sacerdote poniendo las manos sobre su corazon para privarle de los vanos regocijos del mundo, y llevándolas purificadas

(1) Napoleon sin duda cometió grandes faltas contra la religion y contra las libertades públicas; pero un católico no podria olvidar que sacó la Francia del caos, firmó el Concordato, se hizo consagrar por el Papa, y murió en los brazos de la Iglesia.

al corazón de otros hombres, después de haberlas levantado llorando hacia Dios. ¡Santos sacerdotes! Tal es en todos tiempos el grito de la religión; pero ¿cuándo debía levantarle más que al principio de este siglo? La muerte y el destierro habían agotado la estirpe de aquel antiguo clero francés que, por una tradición no interrumpida de saber y de virtudes, remontaba hasta la doble y sagrada cuna del cristianismo y de la monarquía; multitud de iglesias abandonadas, otras muchas dirigidas por hombres en todo jóvenes, atestiguaban la profunda miseria de la Iglesia de Francia. Los templos habían sido de nuevo abiertos; mas las piedras de los templos, frías y mudas, no respondían á la voz de los pueblos que volvían allí á preguntar á Dios.

Es propio de corazones grandes, Señores, el descubrir la principal necesidad de los tiempos en que viven, y consagrarse á ella. Ahora bien, la primera necesidad del imperio, en los brillantes años que lo habían inaugurado, era seguramente la de restablecer la religión llenando el santuario de almas escogidas. Ya, fuera del sagrado recinto, había Dios suscitado ilustres talentos que asombraban á la Francia por la novedad de su estilo y de sus ideas, y que principiaban sobre las alturas del mundo, por en medio de los incienso de la poesía, la reedificación imprevista de la ciudad de Dios. ¿No era preciso que el santuario se uniese á este movimiento, y que así concurriese á la generación social el triple genio del gobierno, del pensamiento y de la santidad? Carlos de Forbin se consumía interiormente en esta inspiración de su fe. Habíase ya unido con muchos jóvenes de su edad para ejercitarse con ellos en las obras de caridad y en las prácticas de la piedad más ardiente, y tales fueron en París las primicias de aquella juventud cristiana que, treinta años después, al estallido de nuevas revoluciones, debía fundar la Sociedad de San Vicente de Paúl. La grey de aquellos jóvenes era corta todavía; tenía por director un sacerdote cuyo nombre no ha llegado hasta vosotros, Señores, porque la modestia algunas veces es más poderosa que el talento, pero que ha dejado en el corazón de cuantos le han escuchado aquel vínculo inmortal que produce la elocuencia entre el orador y su auditorio. Llamábase Delpuits; tengo un placer en nombrarle. Otros han adquirido más gloria en sus relaciones con la juventud de Francia; ninguno la ha merecido más.

Sin embargo, por grande que fuese el zelo de Carlos de Forbin, no dejaba de hallar en sí mismo obstáculos para su designio. Tenía

mucho que sacrificar; su nombre, su fortuna, su edad, sus ventajas en el mundo, su gusto por todos los ejercicios corporales le suscitaban á porfía razones para quedarse como estaba. Su madre, descendiente de los príncipes de Galean, conspiraba también contra su vocación, sea que considerase el abatimiento exterior en que había caído el clero de Francia, sea por aquella ternura inexplicable en una mujer cristiana, que se persuade que perderá algo de su hijo si se hace un hombre del Señor. Ella empleó todas las astucias del genio maternal para apartarle de su resolución; ella probó á detenerle anudando su corazón con aquellos lazos puros, pero fuertes, en que la juventud suele caer con un abandono tan digno de ser recompensado; mas no pudo conseguirlo.

El joven de veinte y cuatro años triunfó de su corazón, como ya había triunfado de las ilusiones del rango, de la riqueza y de la ambición. La hora final del sacrificio había llegado; en 1809, Carlos de Forbin entró en el Seminario de San Sulpicio, bajo la dirección del célebre y virtuoso Emery. Sus contemporáneos recuerdan todavía el fervor que trajo allí, y se manifestaba por una severidad para con él mismo que no se hubiera esperado de un joven educado en los regalos del gran mundo. Por cuidado que pusiese en ocultar sus prácticas, sus condiscípulos descubrieron algunas; observaron que en medio del invierno dejaba abiertas sus ventanas por la noche, á fin de que su sueño, haciéndose ligero cuanto fuese posible, no durase más que el tiempo necesario á la reparación del cuerpo. De este modo preludiaba el infatigable ardor de su apostolado, sabiendo que la sumisión del cuerpo al alma es la única vía que Dios ha abierto á las grandes ambiciones morales, y que sin la austeridad exterior, en vano se aspiraría á la santidad ó al genio.

El año de 1811 fué para el abate de Janson el año sacerdotal. En él debió recibir la unción de manos del cardenal Maury; pero el cardenal había aceptado la silla arzobispal de París contra la voluntad del soberano pontífice prisionero, y aunque hubiese recibido de los vicarios generales legítimos los poderes necesarios para la ordenación, el abate de Janson no quiso deberle una gracia tan preciosa como la del sacerdocio. Tomó sus medidas para ser ordenado en Chambéry, por el obispo de aquella ciudad, quien lo nombró su vicario general, y le confió el gobierno de su seminario diocesano.

Esta situación duró poco. Las funciones administrativas se acomodaban penosamente al genio del abate de Janson. Volvió á París, y se dedicó á la instrucción de los niños en la parroquia de San Sul-

picio. Extrañaréis, Señores, esta brusca transición; de la dirección de una diócesis el abate de Janson pasa súbitamente á la humilde misión del catequista; el apostolado, que es su verdadera, su única vocación, le atormenta y le arrebató desde los primeros días de su sacerdocio. Ya no se contenía en París; sus ojos ávidos se dirigían á las lejanas comarcas en que el cristianismo oprimido reclama á cada momento la palabra y la sangre apostólicas; su imaginación erraba de la América á la China, de la China á las orillas del Ganges y del Eufrates; la mano de Dios le había cogido, y le paseaba, de aspiración en aspiración, por en medio de todos los lugares desolados de la tierra, para elegir allí un puesto en que su piedad no estuviese en estrechez.

De repente, en el seno mismo de la patria, un grito prodigioso se eleva: el descendiente de Ciro y de César, el dueño del mundo había huido ante sus enemigos; las águilas del imperio, conducidas con rapidez de las orillas ensangrentadas del Dnieper y del Vístula, se replegaban sobre su tierra natal para defenderla, y se admiraban de no recoger en sus poderosas garras sino victorias heridas de muerte. Dios, pero Dios solo, había vencido la Francia mandada hasta el fin por el genio, y triunfante aun en el mismo cuarto de hora que señalaba su caída. No diré las causas de aquella catástrofe; además de no ser este mi objeto, repugna al hijo de la patria penetrar demasiado en los dolores nacionales, y deja con gusto al tiempo solo el cuidado de aclarar las lecciones encerradas por Dios en el fondo de los reveses.

Una nueva posición había salido para todo el mundo de la revolución que acaba de efectuarse; los designios del abate de Janson quedaron por ello contrariados. La Francia se le apareció bajo un aspecto que no había tenido desde luego á su vista. Creyó que el movimiento de ascensión religiosa empezado en tiempo del imperio iba á continuar su desarrollo con una fuerza más decisiva, y buscó en su zelo los medios de concurrir á ella y de apresurarla. Comprendió perfectamente que el imperio solo había constituido la parte administrativa y pastoral de la Iglesia de Francia, y que faltaba á este cuerpo joven el arma del apostolado, es decir, el servicio activo y desinteresado de la palabra. La religión es un pensamiento, y la palabra es el sol que hace el pensamiento visible, vivo y comunicable; como el sol da la vuelta al mundo para iluminar los cuerpos, así la palabra, hija primogénita de Dios, debe dar cada día la vuelta al mundo para ilustrar los entendimientos. Su primera palabra, en

el origen de las cosas, había sido esta: *Fiat lux, — hágase la luz* (1). Esta es todavía su divisa y su función; será lo uno y lo otro hasta el siglo futuro, en que el mismo Verbo de Dios ilumine directamente la asamblea de las almas en la eterna Jerusalén. Y hasta entonces la misión de la palabra será la primera misión del mundo, la misión de la verdad, de la santidad, de la justicia, del orden, de la creación, de la resurrección, de la vida y de la muerte. ¡Hablad! No os calleis; no os calleis ni ante la cuchilla que os amenaza, ni ante la majestad que os mira, ni ante vuestra hermana que os conjura, ni ante vuestra madre que se arrodilla para suplicaros, ni ante los pueblos que os gritan: ¡silencio! ni ante las olas del mar que se mueven para ahogar vuestra voz. ¡Hablad! Tal había sido la orden de Jesucristo á sus apóstoles, y uno de estos, san Pablo, escribía alegremente: *Yo trabajo por el Evangelio hasta llevar cadenas como un malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada; — laboro usque ad vincula, quasi male operans, sed verbum Dei non est alligatum* (2). Todo, en efecto, importa poco á la Iglesia, con tal que ella hable; pero aunque libre, no se ejercita siempre y en todas partes aquel poder de la palabra del mismo modo y en el mismo grado. Hay tiempos y lugares en que, dueña tranquila de las almas, no teniendo que combatir más que algunos desórdenes, consecuencia natural de la flaqueza de nuestro corazón, se limita á una palabra de edificación que podría llamar la predicación interior y pastoral. Hay otros en que encuentra creencias tenaces, ya entre los pueblos que aun no han recibido el misterio de la verdad, ó ya entre aquellos que fueron ilustrados, pero que disgustados de la luz patrimonial, apartaron de ella su vista para formarse doctrinas de su elección. En tal caso la Iglesia llama á su socorro una palabra que sería difícil de definir por caracteres constantes, á causa de la variedad de los errores que debe combatir y de las almas que quiere convencer, pero que puede llamarse la predicación exterior ó apostólica.

M. de Janson creyó que el estado de los ánimos en Francia requería un gran desarrollo de la predicación apostólica. Lo creyó con tanta más razón, cuanto que no se trataba solamente de luchar contra la debilitación de la fe producida por las controversias filosóficas del último siglo, sino también de matenerse al nivel de una época en que la libertad de la palabra humana, estando consagrada

(1) Génesis, cap. 1, vers. 3. (2) Segunda epístola á Timoteo, cap. 2, vers. 9.